

ta que te acometa el vértigo, y te serenarás girando en dirección contraria. Un dolor desesperado, con la aflicción de otro se remedia. Coge en tus ojos alguna nueva infección y desaparecerá el violento veneno del mal antiguo.

ROMEO.- Vuestras hojas de plátano son excelentes para eso.

BENVOLIO.- ¿Para qué? Habla.

ROMEO.- Para la fractura de vuestra espinilla.

BENVOLIO.- Qué, Romeo, ¿estás loco?

ROMEO.- Loco, no; pero más atado que un loco, aprisionado, falto de mi sustento, azotado y atormentado y... Buenas tardes, buen hombre.

CRIADO.- Buenas nos las dé Dios. Por favor, señor, ¿sabéis leer?

ROMEO.- Sí, mi propio destino en mi desventura.

CRIADO.- Eso tal vez lo aprendisteis sin libro; pero, por favor, ¿sabéis leer cualquier cosa que veáis?

ROMEO.- Sí, con tal que conozca las letras y el lenguaje.

CRIADO.- ¡No os explicáis mal! ¡Que os divirtáis! (Intentando marcharse.)

ROMEO.- Esperad, hombre; sé leer. (Lee.) <<El signior Martino, su esposa e hijas; el conde Anselmo y sus lindas hermanas; la señora viuda de Vitruvio; el señor Placencio y sus adorables sobrinas; Mercucio y su hermano Valentín; mi tío Capuleto, su esposa e hijas, mi encantadora sobrina Rosalina; Livia; el Signior Valencio y su primo Teobaldo; Lucio y la varacha Elena.>> ¡Brillante reunión! ¿Y adónde van?

CRIADO.- Arriba.

ROMEO.- ¿Adónde?

CRIADO.- A cenar a nuestra casa.

ROMEO.- ¿A casa de quién?

CRIADO.- A la de mi amo.

ROMEO.- Verdaderamente, es lo que debía haberte preguntado antes.

CRIADO.- Ahora os lo diré, sin que me lo preguntéis: mi amo es el riquísimo Capuleto; y si no sois vos de la casa de los Montescos, os ruego vengáis y vaciéis una copa de vino. ¡Que os divirtáis! (Sale.)

BENVOLIO.- En esa misma antigua fiesta de los Capuletos cena la encantadora Rosalina, a quien tanto amas, en unión de las más admiradas hermosuras de Verona. Ven allá, y, con ojos desapasionados, compara su rostro con algunos que yo te mostraré, y convendrás conmigo en que tu cisne es un cuervo.

ROMEO.- ¡Cuando la sacrosanta religión de mis ojos mantenga semejante falsedad, truéquense al punto mis lágrimas en llamas; y estos claros herejes, tantas veces inundados sin poder morir jamás, sean quemados como impostores! ¡Una mujer más bella que mi amada! ¡El sol que todo lo ve, no vio nunca su igual desde la aurora de los tiempos!

BENVOLIO.- ¡Calla! La visteis hermosa porque, no teniendo con quién compararla, se equilibró ella sola en cada uno de vuestros ojos; pero contrapesad en esas balanzas cristalinas la imagen de vuestra adorada con alguna otra doncella que yo os mostraré resplandeciente en ese festín, y apenas os parecerá bien la que juzgáis ahora superior.

ROMEO.- Iré; no para presenciar el espectáculo de tales hermosuras, sino para recrearme en el esplendor de la mía. (Salen.)

ESCENA III.

Salón en casa de Capuleto.

Entran LADY CAPULETO y la NODRIZA.

LADY CAPULETO.- Nodriza, ¿dónde está mi hija? Llámala que venga.

NODRIZA.- ¡Pues por mi doncellez a los doce años, que he mandado venir! ¡Eh, cordera!... ¡Eh, pimpollo!... ¡No quiera Dios...! ¿Dónde está esa muchacha? ¡Eh, Julieta!

Entra JULIETA.

JULIETA.- ¡Ya, ya! ¿Quién me llama?

NODRIZA.- Vuestra madre.

JULIETA.- Aquí me tenéis, señora. ¿Qué deseáis?

LADY CAPULETO.- El asunto es este... Déjanos solas un momento, nodriza; tenemos que hablar en secreto... ¡Vuelve a nodriza! Lo he pensado mejor; debes oír nuestra plática. ¿sabes que mi hija está en una edad razonable.

NODRIZA.- ¡Por mi fe! Puedo decir su edad sin equivocarme una hora.

LADY CAPULETO.- Todavía no ha cumplido los catorce.

NODRIZA.- Apostaría catorce de mis dientes (aunque, con sentimiento lo digo, no tengo sino cuatro) a que, en efecto, no ha cumplido los catorce. ¿Cuánto falta para la fiesta de Pan?

LADY CAPULETO.- Poco más de dos semanas.

NODRIZA.- Pues, pares o nones, de todos los días del año la víspera de la fiesta, por la noche, cumplirá los catorce. Susana y ella (¡Dios ampare las almas de todos los cristianos!) tenían una misma edad. Bien. Susana está con Dios; era demasiado buena para mí... Pero, como digo, la víspera de la fiesta, por la noche, cumplirá los catorce. A fe que sí. Lo recuerdo bien. Del terremoto hace ahora once años, y entonces fue destetada... Nunca lo olvidaré... De todos los días del año, fue justamente aquel. Porque yo me había untado antes los pezones con ajeno, y me hallaba sentada al sol bajo la pared del palomar. Mi señor y vos estabais a la se-

zón en Mantua. ¡Que si tengo yo un cerebro!... Pues, como decía, cuando probó el ajeno del pezón de mi pecho y lo encontró amargo, ¡preciosa tontuela!, era de ver su enojo y cómo se enfadó con él. A todo esto, comenzó a crujir el palomar. No fue preciso, os aseguro, rogarme que me pusiera en salvo. Y desde aquel tiempo hace once años, porque entonces podía tenerse solita en pie; ¡qué digo!, por mi palabra, podía ya correr y tropezar por todas partes, pues precisamente el día anterior se hirió en la frente. Y entonces mi marido (¡que en gloria esté!), que era hombre jovial, levantó a la chiquilla y le dijo: «Vaya, ¿te caes de bruces? Cuando tengas más juicio, te caerás de espaldas. ¿No es verdad, Julia? » Y, por Nuestra Señora, la linda picaruela dejó de llorar inmediatamente y exclamó: «Sí.» ¡A ver ahora si una broma va a llegar a veras! Mil años que yo viviese, os aseguro que no lo olvidaría. ¿No es verdad, Julia? », dijo él; y la linda chiquela se reprimió, y dijo: «Sí.»

LADY CAPULETO.- Basta de eso. Por favor, cállate.

NODRIZA.- Sí, señora; pero no puedo menos que reírme al pensar que cesó de llorar, y dijo: «Sí», y en que, os lo garantizo, tenía un chichón en la frente tan grueso como un huevo de gallipollo; un golpe formidable; y ella lloraba desoladamente. «Vaya -dijo mi marido-, ¿te caes de bruces? Cuando seas mayor te caerás de espladas. ¿No es verdad, Julia? » Y ella se reprimió, y dijo: «Sí».

JULIETA.- Y reprímeme tú también, por favor nodriza, te digo.

NODRIZA.- Silencio; he dado fin. ¡Que Dios te favorezca con su gracia! Eres la criatura más bonita que yo he criado. Si pudiera vivir un día por verte desposada, se habrían cumplido mis deseos.

LADY CAPULETO.- A fe que de desposorio era el tema de que iba a hablar. Dime, Julieta, hija mía: ¿sientes inclinación a casarte?

JULIETA.- Es un honor en que nunca he soñado.

NODRIZA.- ¡Un honor! De no ser yo tu única nodriza, diría que habías extraído la sabiduría de los pechos a que te

crié.

LADY CAPULETO.- Bien; tiempo es ya de pensar en el matrimonio. Otras más jóvenes que vos hay aquí en Verona, damas de gran estimación, que ya son madres. Si no recuerdo mal, yo misma era vuestra madre mucho antes de esa edad en que vos sois todavía una doncella. Así, pues, en breves palabras: el animoso Paris os solicita por esposa.

NODRIZA.- ¡Qué hombre, señorita! Señora, es un hombre como el mundo entero. ¡Qué! ¡Una figura de cera!

LADY CAPULETO.- El estío de Verona no tiene una flor semejante.

NODRIZA.- Ya lo creo que es una flor, y, por mi fe, una flor excelentísima.

LADY CAPULETO.- ¿Qué decís? ¿Podréis amar a ese hidalgo? Esta noche le veréis en nuestra fiesta. Leed en el libro del rostro de Paris y descubrid allí el encanto escrito con la pluma de la gentileza. Reparad en la armonía de cada una de sus facciones y ved cómo una a otra se prestan realce, y si algo oscuro encontraréis en este bello libro, lo hallaréis dilucidado en el margen de sus ojos. A este precioso libro de amor, a este amante en rústica, para completar su hermosura, solo le falta la cubierta. El pez vive en el agua, y es gran honor para la belleza exterior cubrir la interior belleza. El libro que contiene una áurea leyenda está adornado con broches de oro que participa de la gloria de ellos a los ojos de la multitud. De igual modo, vos, teniéndole a él, participaréis de cuanto posee, sin disminución alguna.

NODRIZA.- ¡Disminución! ¡Quia! ¡Aumento! Las mujeres engruesan junto a los hombres.

LADY CAPULETO.- Decidlo brevemente. ¿Veréis con agrado el amor de Paris?

JULIETA.- Veré de amarle, si el ver mueve el amor; pero las flechas de mis ojos no irán lejos de lo que permita el impulso que preste a su vuelo vuestro permiso.

Entra un CRIADO.

CRIADO.- Señora, ya han venido los convidados; la cena está dispuesta; os llaman; preguntan por la señorita; en el oficio reniegan de la nodriza, y todo anda revuelto. Tengo que irme a servir. Os suplico que me sigáis inmediatamente.

LADY CAPULETO.- Te seguimos. (Sale el CRIADO.) Julieta, el conde espera.

NODRIZA.- ¡Anda, muchacha, busca felices noches a los felices días! (Salen.)

E S C E N A IV.

Una calle.

Entran ROMEO, MERCUCIO, BENVOLIO, con cinco o seis enmascarados, portadores de antorchas y otros.

ROMEO.- ¡Qué! ¿Recitamos este discurso en excusa nuestra, o penetramos sin apología?

BENVOLIO.- ¡La época rechaza ya esos circunloquios! No vamos ahora a llevar a Cupido cubierto con una venda y en la mano un arco tártaro, hecho de un listón de madera pintada, asustando a las amas como un espantapájaros, ni tampoco a anunciar nuestra entrada con un prólogo sin libro, pronunciado desmayadamente por el apuntador. ¡Que nos midan como quieren! Nosotros les mediremos una medida, y nos vamos.

ROMEO.- ¡Dadme una antorcha! No estoy para contoneos; y, pues me encuentro tenebroso, debo llevar la luz.

MERCUCIO.- ¡Cómo, gentil Romeo! ¡Queremos que bailéis!

ROMEO.- ¡No, creedme! Vosotros lleváis zapatos de baile con suelas ligeras. Yo tengo el alma de plomo, que me deja clavado en el suelo sin poder moverme.

MERCUCIO.- ¡Sois un enamorado! ¡Pedidle a Cupido os preste sus alas, y remontaos con ellas hasta las cumbres!

ROMEO.- ¡Demasiado cruelmente herido estoy por su flecha para que pueda remontarme con sus leves alas; y tan postrado me tiene, que no puedo elevarme más allá de la negra pesadumbre! ¡Caigo agobiado bajo la carga abrumadora del amor!

MERCUCIO.- ¡Pues como caigáis encima, aplastaréis el amor con vuestro peso! Es mucha opresión para tan tierno ser.

ROMEO.- ¿Tierno ser el amor? ¡Demasiado áspero, demasiado rudo, demasiado violento, y pincha como el abrojo!

MERCUCIO.- Si el amor es áspero con vos, sed vos áspero con él; si os pincha, pinchadle, y acabad por rendirle. ¡Dadme un estuche donde poner mi rostro! *(Colocándose un antifaz.)* ¡Una careta para otra careta! ¿Qué me importa que algún ojo curioso advierta ahora mis deformidades? ¡He aquí estas mejillas postizas, que se ruborizarán por mí!

BENVOLIO.- ¡Vamos, llamad, y adelante! Y tan pronto como entremos, que cada cual se cuide solo de sus piernas.

ROMEO.- ¡Una antorcha para mí! ¡Los livianos de corazón risueño hagan cosquillas con sus talones a los insensibles juncos! Por mi parte, me atengo al refrán del abuelo: «Yo seré portacandela y miraré.» «La partida no se presenta nunca tan bella, y yo la abandono».

MERCUCIO.- ¡Bah! «El caballo bayo es ratón», que dijo el corchete. Si eres caballo bayo, te sacaremos de ese barrizal de tu reverendísimo amor en que te hallas hundido hasta las orejas. ¡Vamos, que estamos alumbrando a la luz del día, eh!

ROMEO.- No, eso no es así.

MERCUCIO.- Quiero decir, señor que con estas dilaciones consumimos en vano nuestras luces como lámparas en pleno día. Advierte nuestra intención, pues nuestro juicio está cinco veces en ella antes que una sola en nuestras potencias.

ROMEO.- Y nuestra intención de concurrir a esa mascarada es también buena; pero constituye una falta de juicio.

MERCUCIO.- ¿Por qué? ¿Puede saberse?

ROMEO.- Tuve un sueño anoche...

MERCUCIO.- Y yo otro.

ROMEO.- Bien; ¿y qué soñasteis?

MERCUCIO.- Que los soñadores suelen mentir.

ROMEO.- Dormidos en su cama en tanto sueñan cosas verdaderas.

MERCUCIO.- ¡Oh! Ya veo, pues, que ha estado con vos la reina Mab. Es la partera de las ilusiones, y llega, bajo un tamaño no más grueso que el ágata que brilla en el dedo índice de un regidor, arrastrada por un tronco de atomísticos corceles, a pasearse por las narices de los hombres mientras están dormidos. Los radios de las ruedas de su carroza están fabricados de largas patas de araña; la cubierta, de alas de saltamontes; las riendas, de finísima telaraña; los arneses, de húmedos rayos de luna; su látigo, de un hueso de grillo; la tralla, de una hebra sutil. Su cochero, un pequeño mosquito de librea gris, ni la mitad grande como el redondo gusanillo que se extrae con la punta de un alfiler del perezoso dedo de una doncella. Su carroza es una cáscara de avellana, la brada por la carpintera ardilla o el viejo gorgojo, desde antiguos tiempos artifices de carruajes de hadas. Y en ese tren galopa noche tras noche, por los cerebros de los enamorados, que en seguida sueñan con amores; sobre las rodillas de los cortesanos, que al punto sueñan con reverencias; por los dedos de los abogados, que al instante sueñan con minutas; sobre los labios de las damas, que acto seguido sueñan con besos, labios que Mab, enfurecida infecta a menudo, atormentándose con ampollas, por haber viciado el aliento con golosinas aromáticas. Algunas veces cabalga sobre la nariz de un palaciego, y entonces sueña que ventea una promoción; y otras, con el rabo de un lechón del diezmo, cosquillea en la nariz de un párroco mientras está dormido, e instantáneamente sueña en la prebenda inmediata. También se la ve pasear por el cuello de un soldado, y al momento sueña con degüellos de enemigos, brechas, emboscadas, hojas españolas, brindis y tragos de cinco codos. Y entonces suena de repente el tambor en sus oídos, con lo cual él da un salto y se levanta, y con semejan

te susto reniega una oración o dos y se duerme de nuevo. Esta Mab es la misma que trenza las crines de los caballos en la noche y conglutina las greñas de los duendes en sucios y feos nudos, que una vez desenmarañados pronostican grandes desventuras. Esta es la bruja que, cuando las doncellas duermen de espaldas, las oprime y las enseña a resistir por primera vez, haciendo de ellas mujeres de buen llevar. Esta es la...

ROMEO.- ¡Silencio! ¡Silencio, Mercucio, silencio! Estás hablando de nada.

MERCUCIO.- Es verdad, hablo de sueños, que son los vapores de una mente ociosa, engendrados únicamente por la vanidad y fantasía, tan insustancial como el aire y más mudable que el viento que ahora acaricia el seno helado del Norte, y que, después de irritado, brama desde allí, volviendo la cara al Sur, destilador de rocío...

BENVOLIO.- Este viento de que habláis nos aleja de nosotros mismos. La cena habrá acabado, y llegaremos demasiado tarde.

ROMEO.- Temo que demasiado temprano, pues mi corazón siente que alguna fatalidad, todavía suspendida en las estrellas, comenzará amargamente su temible curso con los regocijos de esta noche y pondrá fin a la despreciable vida que encierra mi pecho por algún golpe vil de prematura muerte. ¡Que Aquél que gobierna el timón de mi existencia guíe la nave! ¡Adelante, alegres caballeros!

BENVOLIO.- ¡Bate, tambor! (Salen.)

ESCENA V.

Salón en casa de Capuleto.

Músicos esperando. Entran Criados con servilletas.

CRIADO 1º - ¿Dónde está Cacerola, que no ayuda a servir? ¡Quitar él un plato! ¡Fregar él un plato!

CRIADO 2º.- Cuando los buenos modales están en las manos de uno o dos solamente, y aun ellas sin lavar, la cosa es un asco...

CRIADO 1º.- ¡Fuera las banquetas plegadizas! ¡Apartad el aparador! ¡Cuidado con la vajilla de plata!... Escucha, tú: resérvame un pedazo de mazapán, y puesto que me aprecias, deja que el portero permita entrar a Susana la Molinera y a Leonor. ¡Antonio!... ¡Cacerola!

CRIADO 3º.- ¡Ya vamos, muchachos!

CRIADO 1º.- ¡Os necesitan, os llaman, preguntan por vosotros y os buscan en el salón grande!

CRIADO 3º.- ¡No podemos estar aquí y allá a la vez! ¡Vivo, muchachos! ¡Despachad, y el que se quede el último cargue con todo! (Se retiran hacia el foro.)

Entran CAPULETO, JULIETA y otras personas de su familia con los convidados y máscaras.

CAPULETO.- ¡Bien venidos, caballeros! Las damas a quienes no aprieten los zapatos darán una vuelta con vosotros. ¡Ajajá, señoras mías! ¿Cuál de todas vosotras se negará ahora a bailar? La que se muestre remilgada, juraré que le aprieten los zapatos. ¿Ando cerca de lo cierto? ¡Bien venidos, caballeros! En mis buenos tiempos también yo gastaba anafaz y sabía susurrar algún cuentecillo en los oídos de una bella dama, que solía deleitarme... Todo pasó, todo pasó, todo pasó... ¡Sed bien venidos, caballeros! ¡Vaya, músicos, a tocar!... ¡Sitio, sitio! ¡Despejad un poco y pies ligeros, niñas! (Suena la música y bailan.) ¡Más luz, muchachos! Retirad las mesas y apagad el fuego, que hace demasiado calor en la sala! ¡Hola, compadre! Esta fiesta inesperada nos viene a las mil maravillas. ¡Vaya, sentaos, pues, querido primo Capuleto! Para vos y para mí pasó el tiempo de bailar.

¿Cuánto hará desde la última vez que estuvimos en un baile de máscaras?

CAPULETO 2º.- ¡Virgen santa! ¡Treinta años!

CAPULETO.- ¡Qué decís, hombre! ¡No tanto! ¡No tanto, no tanto! Desde la boda de Luciano acá, venga Pentecostés tan aprisa como quiera, hace veintiocho años, y entonces nos disfrazamos.

CAPULETO 2º.- Hace más; su hijo tiene más edad, señor. Ha cumplido ya los treinta.

CAPULETO.- ¿Me lo diréis a mí? Mi hijo no hace más de dos años que salió de tutela.

ROMEO.- (A un CRIADO.) ¿Quién es aquella dama que empuja la mano de aquel galán?

CRIADO.- No la conozco, señor.

ROMEO.- ¡Oh!... ¡De ella debe aprender a brillar la luz de las antorchas! ¡Su hermosura parece que pende del rostro de la noche como una joya inestimable en la oreja de un etíope! ¡Belleza demasiado rica para gozarla, demasiado preciosa para la tierra! ¡Como nivea paloma entre cuervos se distingue esa dama entre sus compañeros! Acabado el baile, observaré dónde se coloque, y con el contacto de su mano hará dichosa mi ruda diestra. ¿Por ventura amó hasta ahora mi corazón? ¡Ojos, desmentidlo! ¡Porque hasta la noche presenté jamás conocí la verdadera hermosura!

TEOBALDO.- Ese, por su voz, es un Montesco. ¡Tráeme mi estoque, muchacho! ¿Cómo el miserable se atreve a venir hasta aquí, cubierto con un grotesco antifaz, para hacer burla y escarnio de nuestra brillante fiesta? Pues ¡por la estirpe y honor de mi familia que le mataré a estocadas sin ningún mordimiento.

CAPULETO.- ¿Qué hay, qué pasa, sobrino? ¿Por qué os alteráis así?

TEOBALDO.- ¡Tío, ese es un Montesco, un enemigo nuestro, un villano, que, por despecho, ha venido hasta aquí para burlarse esta noche de nuestra fiesta!

CAPULETO.- ¿Es el joven Romeo?

TEOBALDO.- ¡El mismo, ese villano Romeo!

CAPULETO.- Cálmate, gentil sobrino; déjale en paz, pues se porta como un noble hidalgo. Y, a decir verdad, Verona es tan orgullosa de un joven tan virtuoso y de tan intachable conducta. Ni a cambio de todos los tesoros de esta villa quisiera yo inferirle en mi casa el menor ultraje. Por tanto, repórtate y no te ocupes de él. Este es mi deseo, que, si respetas, debes mostrar un aspecto jovial y desarrugar ese ceño, fiero talante que cuadra mal en una fiesta.

TEOBALDO.- ¡Es la mejor actitud cuando entre los invitados hay un canalla semejante! ¡No lo sufriré!

CAPULETO.- ¡Lo sufriréis! ¡Caramba con el caballero! ¡Lo sufriréis, os digo! ¡Vaya! ¿Soy yo aquí quien manda, o vos? ¡Vaya! ¡Que no lo sufriréis! ¡Dios me perdone!... ¿Vais a armar un motín entre mis convidados? ¡Queréis levantar mucho el gallo! ¡Queréis ser el bravo!

TEOBALDO.- Pero tío, ¡eso es una vergüenza!

CAPULETO.- ¡Andad, andad! ¡Sois un muchacho impertinente! ¿Conque una vergüenza, además? ¡Esa broma puede costarnos caro; sé lo que me digo! A mí contrariarme! ¡Pues, sí, en buena ocasión! ¡Bravo, hijos míos! ¡Sois un mequetrefe, andad! Estaos quieto, o... ¡Más luz, más luz! ¡Conque una vergüenza! ¡Yo haré que os aquietéis! ¡Vaya, animaos, hijos míos!

TEOBALDO.- ¡La paciencia impuesta, en unión con mi cólera tenaz, hace temblar mis carnes en sus diversos choques! ¡Me retiraré; pero esta intrusión, que ahora parece dulce, se convertirá en amarguísima hiel! (Sale.)

ROMEO.- (A JULIETA.) Si con mi mano, por demás indigna, profano este santo relicario, he aquí la gentil expiación: mis labios, como dos ruborosos peregrinos, están prontos a suavizar con un tierno beso tan rudo contacto.

JULIETA.- Buen peregrino, injusto hasta el exceso sois con vuestra mano, que en esto solo muestra respetuosa devoción; pues los santos tienen manos a las que tocan las manos de los peregrinos, y enlazar palma es el ósculo de los piadosos palmeros.